

El curriculum escolar, invención de la modernidad

María Esther Aguirre Lora*

*... el estudio de nosotros mismos
tiene que proceder desde dentro de
nuestra historia, la historia que nos
ha convertido en lo que somos.*

Hultqvist

Una de las nociones *clave* –y por clave me refiero a diversos aspectos de nuestra cotidianidad escolar que adquieren su sentido en la perspectiva de un todo que les da organicidad–, es precisamente la del curriculum; a quienes desde diferentes profesiones de origen nos desplazamos por el campo de la educación, por recurrente nos resulta casi un lugar común.

Hace tiempo integramos curriculum a nuestro lenguaje de todos los días; aprendimos a pluralizar el término latino, e inclusive españolizamos su empleo;¹ en algunos momentos más que en otros el curriculum deviene una de las obsesiones que atraviesan la vida de nuestras instituciones educativas, de cualquier orientación y nivel. En él se depositan gran parte de las expectativas y confianzas en la adquisición de los conocimientos y competencias que requiere toda sociedad; en él se concretan los parámetros de calidad y eficiencia que, hoy por hoy, atraviesan nuestra vida académica.

La familiaridad con la que el curriculum merodea nuestros ambientes educativos, nuestras pláticas de café, nuestras urgencias y presiones, nuestras políticas institucionales, hace que lo percibamos como un “fenómeno natural”, que siempre ha estado ahí, al alcance de la mano, como referente para estructurar nuestros modelos educativos en el más amplio sentido del término. Esto se da por supuesto; sin embargo, no es así: forma parte de nuestros conocimientos sobre la escolarización que se han ido formando y transformando en el curso de la historia, “no son signos o significadores que se refieren a las cosas y las fijan, sino prácticas sociales a través de principios generadores que ordenan la acción y la participación” (Popkewitz y Brennan, 2000, p. 23). Consecuentemente, el curricu-

lum tuvo un origen, se construyó socialmente como parte de las respuestas de algunos grupos a determinadas crisis sociales, económicas, culturales, en medio de candentes controversias y tomas de posición, de formas de razonamiento y percepción puestas en juego en un momento determinado.

El sentido con el que emerge el curriculum, no es el mismo que hoy le atribuyen nuestras comunidades académicas del siglo XXI; ha sido continuamente recreado por las necesidades de los grupos sociales en diferentes momentos históricos; con el tiempo, se ha ido consolidando y refinando en sus usos y en sus planteamientos. Surge, al igual que otras muchas consignas y tradiciones que hemos hecho nuestras, en el umbral de la modernidad:² forma parte de sus herencias.

Abundar en estos supuestos, para comprender las condiciones histórico-sociales en que se produjeron estas prácticas y el conocimiento que se formula respecto a ellas;³ que provee de explicaciones al momento presente, es el propósito de este texto.

1. EL PUNTO DE PARTIDA

Todo pareciera señalar el empleo de este concepto en nuestro país en torno a la década de los 70's, esos años llenos de optimismo, de propuestas innovadoras, de inventivas y audacias que trataban de romper de un tajo con las deficiencias y los lastres del pasado, para hacer eficiente la formación de una población universitaria que se masificaba a pasos agigantados. El

* Investigadora titular en el Centro de Estudios sobre la Universidad y profesora en el Posgrado en Pedagogía (UNAM); profesora invitada en la Maestría en Docencia, Coordinación de Investigación y Posgrado, DAEA, UJAT. Correo electrónico, lora@servidor.unam.mx.